

TAHAR BEN JELLOUN (2011). *El retorno*. Madrid: Alianza, 192 págs.

Desde la publicación en 1977 del libro *La plus haute des solitudes. Misère affective et sexuelle d'émigrés nord-africains*¹ —donde se recogía una parte de su tesis doctoral—, la migración ha estado presente en muchas de las obras de Tahar Ben Jelloun (Fez, 1944), bien de forma central o colateral (quizás no sería un mal tema para una tesis doctoral, analizar precisamente la migración a través de las numerosas producciones del autor). Si en *Con los ojos bajos*² Ben Jelloun sitúa en el centro de su novela a una joven argelina rural que se traslada con su familia a Francia y vive una profunda crisis de identidad, o en *Partir*³ aborda el drama de la emigración ilegal de los jóvenes que arriesgan sus vidas en las pateras, en su última novela, *El retorno*, el escritor marroquí se adentra en un tema poco tratado: la vida al final de la migración o, si se prefiere, la migración al final de la vida. Como buen conocedor de las complejidades de la migración —él mismo abandonará Marruecos para instalarse en Francia, donde vive desde hace más de 40 años—, Ben Jelloun ha sabido diseccionar muchas de las caras menos amables de la migración, convertidas algunas de ellas en auténticos tabúes: la sexualidad de los migrantes, la soledad o la muerte.

El libro *El retorno*, sin ser uno de sus mejores trabajos literarios, nos muestra a través del relato de su protagonista, Mohammed Limmigri, las dificultades que acompañan a la migración, incluso cuando ésta parece ya terminar. La cuestión del retorno tras un largo periodo de migración sigue siendo en realidad un tema ausente de la investigación social. Apenas sabemos sobre qué cambios y rupturas se opera al final de un proceso del que ni siquiera estamos seguros que acabe ahí. El texto literario de Ben Jelloun —mayormente novelístico, pero en ocasiones cercano casi al ensayo— nos sitúa ante una persona que, además de afrontar el final de su vida laboral, ha de tomar dos grandes decisiones: la primera, permanecer en el país en el que ha vivido la mayor parte de su vida (Francia) o regresar al país que le vio nacer (Marruecos) y, la segunda, permanecer junto a unos hijos que no consideran como propio el país de su padre o tratar de convencerlos para reinstalarse en un país que él mismo ha venido mitificando en la distancia. Éste es, en buena medida, el dilema al que se enfrentan cada vez más migrantes de todas las nacionalidades que se acercan a la edad esperada y temida de su jubilación.

Sin tratarse de un estudio sociológico, no obstante, *El retorno* nos ofrece múltiples pistas sobre cómo se puede vivir esa difícil experiencia tras una vida dedicada, en gran parte, a esperar ese momento. La idea, presente desde el principio en el proyecto de muchos migrantes, de retornar triunfalmente tras una migración concebida como un periodo de sacrificio. Las penalidades de la migración percibidas como un mal menor para alcanzar un fin mayor: el bienestar propio a medio plazo y, sobre todo, el de los hijos —esos hijos que buscan su porvenir al margen de los padres— en el futuro. Así es, y a lo largo de todo el libro planea el evidente distanciamiento entre padres e hijos como una auténtica ruptura generacional de

1 Tahar Ben Jelloun (1977). *La plus haute des solitudes: misère sexuelle d'émigrés nord-africains*. París: Seuil.

2 Tahar Ben Jelloun (1992). *Con los ojos bajos*. Barcelona: Península.

3 Tahar Ben Jelloun (2006) *Partir*. Barcelona: El Aleph.

pocos años. Pese a la escasa edad que los separa, los padres ya no reconocen a sus hijos y, sobre todo, los hijos ya no se reconocen en sus padres. Como partes de dos mundos distintos, aunque hayan vivido en el mismo suelo, sus cosmovisiones tienden claramente a alejarse y a hacerse recíprocamente incomprensibles. A este respecto, la pretensión del padre de anclarse al lugar de origen mediante la construcción de una casa resulta al final totalmente inútil. El tema clásico de la vivienda levantada por el migrante en su localidad de origen toma en la novela tintes dramáticos: el esfuerzo económico realizado, la desmesura de ésta, la desocupación de la misma... convierten la casa en una metáfora de la propia migración como un sueño quizás alcanzable en lo material, pero irrealizable en el plano espiritual. La casa está ahí, pero no ha podido evitar el desasosiego de una vida lastrada por la migración. Esa casa cementerio que también es símbolo del lugar en que uno pretende terminar su vida, un imán que sigue teniendo una extraordinaria fuerza para muchos de los que dejaron su país para vivir fuera (el mismo Tahar Ben Jelloun reconocía en una entrevista reciente sobre el libro, publicada en *El País*, su deseo de ser enterrado en Marruecos).

Junto a cuestiones tan íntimas, la novela nos recuerda también otros muchos asuntos que forman parte de la experiencia migratoria: el racismo, las humillaciones, el lugar del islam en el nuevo contexto, la sensación de extrañamiento en Francia o los problemas políticos, la corrupción y el trato hacia los migrantes en Marruecos. De todas estas otras cuestiones, no me gustaría terminar sin referirme especialmente a dos de ellas, que también suelen recibir poca consideración. La primera, un hecho histórico que nos recuerda el libro: cómo la migración es inducida en sus primeros momentos por los mismos países receptores con el beneplácito y la colaboración del país de origen. El relato de la llegada a la aldea de Mohammed de las autoridades locales en busca de hombres sanos que han de marchar para trabajar en Francia («¡Fransa os espera, no os avergoncéis, debéis portaros como hombres, como soldados, dignos representantes de vuestro país!»). En segundo lugar, la incomprensión a la que se ven sometidos esos migrantes, demandados pero no deseados, tanto en el país de recepción como en el de origen, donde son vistos frecuentemente como extraños, como turistas que regresan a un país que ya no es el suyo, y cuyas autoridades los ven incluso como una amenaza: «Estos campesinos no se dan cuenta de que el Estado no puede hacer nada por ellos. Emigran, se forran de dinero y llegan, arrogantes, reclamando agua y luz como si vivieran en la ciudad [...]. Por haber vivido en Europa se creen con derecho a incordiarlos». Quizás sea éste el destino fundamental de los migrantes, «incordiar» sanamente a ambas partes, mostrando aquello que no funciona a uno y otro lado.

Joan Lacomba, Universidad de Valencia.